

# Tierra y Libertad

Numero sueltos: 5 centimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 10 ejemplares . . . 1'00 pes  
Suscripción España un trimestre . . . 1'00 . . .  
Extranjero . . . 1'50 . . .

## EN PORTUGAL

### CONTINÚAN LOS BÁRBAROS ATROPELLOS

Aun no han transcurrido muchas horas del acontecimiento de que somos víctimas y al cual me voy a referir. Es única y exclusivamente la conmoción violenta y profunda que él nos causa el motivo de esta crónica. No es este momento el oportuno para emplear frases difusas, eufemismos ni tampoco para escolásticas flores de retórica. Vamos, pues, a entrar directamente en el asunto.

No ignoraréis, de cierto, el período de opresión, de zarista tiranía que atravesamos actualmente en este país. Los políticos que ahora detentan el poder y que ayañan incitar al pueblo a levantar el espíritu revolucionario, una vez conseguido su intento, se han convertido en sus más feroces verdugos. Puede decirse hoy, con verdad, que aquí reina el más cruel despotismo aliado con la más completa intolerancia.

El hombre que ocupa el poder ha dado a sus lacayos y ayudantes de verdugo plenos poderes para que desde las columnas de la prensa burguesa, *El Imundo* y otros, puedan verter las más asucosadas calumnias sobre los anarquistas y sindicalistas; para vomitar sobre nosotros toda la bala venenosa que encierran sus inmundas bocas; y, al mismo tiempo, ese hombre, infame entre los infames, tirano como Alejandro II e intolerable como Ruvillac, ordena a sus perros, es decir, a aquellos a quien paga con el dinero arrancado al pueblo miserable, hambriento y desarraigado, a unos bandidos conocidos con el nombre de carbonarios, que *masacren* sin temor a quien se resista a sucumbir bajo su mesiánico poder.

El mismo ha ordenado e incitado a que se cometan las más horribles tropelías contra los anarquistas y sindicalistas.

Infamia de las infamias! Un jefe de gobierno, un hombre que aunque no tuviera educación y fuese tan malvado como es, debería tener, por lo menos, el sentido común suficiente para cubrir las apariencias... Ni esto hace.

Hoy he visto a ese hombre al frente de una multitud ignorante y estúpida que prendía fuego a un kiosco mientras él pregonaba el odio contra los sindicalistas y anarquistas, y alentaba a la masa torpe y ruin a que continuase en sus innobles hazañas.

No precipitemos la exposición de los hechos.

El hombre que hoy tiene las riendas del poder en Portugal y que, *in illo tempore*, anunció la promisión de una aurora de libertad y fraternidad, después que escaló las alturas del poder estableció su voluntad, negó todos los derechos de humanidad; ese *príncipe democrático* ha establecido una dictadura cínica, la inversión moral, el crimen, que son el presagio de muerte en las naciones; ha perseguido, hecho *masacres*, ha encarcelado; impide la libre circulación de los periódicos de oposición y quiere encerrar en los inmundos calabozos de esta inquisición to-

das las ideas libres y emancipadoras— como si las ideas se pudiesen destruir con las persecuciones y la muerte de sus propagandistas!

Las cárceles y presidios se hartan de carne proletaria. Y para servir de complemento a esta feroz tiranía, tenemos... el hecho infame de hoy.

Alfonso Costa, ese tirano de retablo, ese Cromwell-Maura de papel secante, ese Richelieu-Jean Franco de alma empobrecida, ese Pombal-Madero de bajos fondos, tendrá la justa purgación de sus crímenes y con él todos sus infames partidarios! ¡Nosotros no podemos morir sin la honra de una batalla! ¡Maldición sobre todos los ladrones y asesinos del pueblo!

Entraremos, pues, de lleno en el asunto.

Hace tres semanas que el hombre fustigado a que nos referimos, bajo el pretexto de economías, decidió que los obreros ocupados en las obras del Estado trabajasen tres días a la semana, ordenando además el despido de 1.200 de ellos.

Pues bien. Hoy, cuando se realizaba una retreta con músicas, banderas y demás zarandajas que la burguesía utiliza para embaucar al pueblo— fiestas que se celebran en el momento de existir mucha opresión y hambre— un grupo de operarios sin trabajo pretendió seguir al cortejo, enarbolando una bandera negra en la cual se leían las palabras *Pan o trabajo*.

En este momento la policía intenta arrancar el estandarte de manos del obrero que la conducía y que era, según consta, Valerio Ferreira; pero éste la defendió pasándole de unas manos a otras. Los policías entonces desenvainan sus sables y con ellos apalean ferozmente a los indefensos obreros, y en este instante, una bomba, lanzada no se sabe por quién, quizá por la misma policía y los bufo-carbonarios que reciben dos duros diarios del fondo de los reptiles, reventó entre los obreros, causando, según los diarios de hoy, la muerte a dos e hiriendo a 35 individuos.

En seguida los heroicos defensores de Alfonso Costa dirigieron al Kiosco Elegante, donde se reúnen los compañeros anarquistas y se prendieron fuego, sin consentir que los bomberos, que más tarde acudieron, utilizaran las bombas para extinguir el incendio. Siguió, pues, se procedió a la caza de los anarquistas y se organizó el ataque y destrucción de la Casa Sindical (agrupaciones sindicalistas). Los camaradas eran cazados en las calles y brutalmente agredidos por los grupos de carbonarios, y en seguida algunos de ellos fueron conducidos a la prisión.

Contra semejante infamia deben todos los hombres libres levantar la más enérgica protesta y emprender una activa campaña para impedir que se sigan cometiendo los atropellos de que el que queda narrado es una débil muestra.

Vuestro y de la causa,

SANTOS PHINO

Lisboa.

### La escuela y la despesa

Quando Joaquín Costa formuló aquel extenso programa que fué considerado como base de la regeneración interna de España, moral y materialmente, y cuyo punto de partida era la escuela y la despesa, no pudo sospechar siquiera que su credo y sus conceptos solo aprovecharían a un enjambre de charlatanes para disimular sus engaños y para ocultar sus bajezas. Y, sin embargo, este ha sido únicamente el resultado de aquellas orientaciones.

El programa de la escuela y la despesa, a pesar de sus múltiples defectos y prejuicios muy propios de un hombre político, no era ciertamente despreciable, porque, aun dentro de la mentalidad burguesa, señalaba nuevos derroteros a las energías individuales y colectivas y se distinguía por sus amplios proceli-

mientos opuestos en un todo a las tácticas arcaicas del poder capitalista. Era una obra que tendía a un mayor progreso en el terreno intelectual y a una satisfacción más completa y efectiva de las necesidades materiales; de ahí que ningún hombre progresivo podía negarle en absoluto su apoyo. Lo lamentable del caso es que esa obra, como tantas otras de esa misma especie, quedó encomendada a los profesionales de la política, a los usufructuarios del poder gubernamental, y ocioso es relatar en la forma que esos elementos cumplen su cometido.

Todo tiene a sumir en el caos de la vulgaridad; todo se esteriliza en el infame ambiente de rutina que nos envía y nos ahoga por momentos. Propágame una orientación renovadora, progresiva, transcendental, y al instante es combatida con saña por los que de la ficción

viven y en la olla oligárquica medran; señalase nuevos rumbos a las iniciativas del individuo para combatir prejuicios y evitar injusticias, y se tropieza inmediatamente con la ruda oposición de los pseudo-intelectuales, que abandonando tan noble lucha, escogen con rara unanimidad el camino más fácil y seguro, que es el de la transigencia y del indiferentismo.

Aunque les prese, forman también una masa tan ridícula y fanática como la masa popular de que tanto abominan. Pero lo que más inaudito resulta, es que esa multitud de improvisados eminencias, de notabilidades de ocasión, se aprovecha astutamente de los conceptos e ideas más o menos emancipadoras, y mixtificándolo todo según su voluntad y conveniencia, lo adopta como base de su obra, como fuerte de sus propagandas. A primera vista parece gigantesco su esfuerzo, pero observándolo detenidamente no se descubren más que impotencias, supercherías y debilidades.

Era ayer que las palabras europeización e imperialismo eran pronunciadas con cierta gravedad y empeño, como evocando la ruta salvadora que España debía seguir. Los sueños imperialistas desvaneciéronse bien pronto en el palenque de las ideas, pero la actitud de los gobernantes hiciéronlos resurgir en el terreno de los hechos, ocasionando serias hecatombes tanto dolorosas para el pueblo. Que labra, pues, la propaganda *europeizadora*; durante algunos años, los vividores de la literatura y del periodismo nos marearon con su prosa indesciftable y cural, salmodiando cada día el tema de la europeización. Aquello era el delirio; todo cuanto provenía de las que hemos dado en llamar grandes naciones, fuese bueno o malo, equitativo o injusto, era recomendado a los españoles con las frases de costumbre: «¡Eso es lo que debéis imitar!» Y en reventada confusión se les aconsejaba los más grandes despropósitos, las más crueles arbitrariedades.

Un exceso engendra otro exceso: un absurdo crea en contra otro criterio más disparatado, y a las reiteradas predicas sobre europeísmo, opusieron otras no menos humorísticas pidiendo para España la africanización. Entabláronse largas polémicas, más propias de gente chiflada que de hombres pensadores, y terminó la pendencia en medio de un horrible lío de frases y argumentos capaces de desorientar al más equilibrado erudito. Finalmente, nos hemos percatado de que lo que pretendían los partidarios de la europeización no consiste en implantar o practicar en este país todo cuanto en otros puede haber de justo, bello y progresivo, sino en reproducir dolorosamente los grandes monopolios, los trusts capitalistas, los despilfarros financieros, la fiebre de armamentos, las demostraciones patrióticas, las mentiras parlamentarias, todo el complicado engranaje en que se fundamentan las naciones *modernas* y que constituye el más firme sostén del privilegio. En verdad que para pedir todo eso no hacían falta tantos discursos, artículos y libros, porque más o menos perfeccionado también lo *poseemos* en España.

Pasado el delirio europeísta, hacía falta un nuevo tema para ir perdiendo el tiempo y se acudió al de la cultura. Nuevos discursos, nuevas polémicas, otra vez los absurdos, las frases ridículas, los argumentos disparatados. Según los *cultos*, todo era innoble, falso, rufi; todo evidenciaba ignorancia, salvajismo, inmundicia. Hacía falta cultura, mucha cultura: en la escuela, en el taller, en la fábrica, en el campo, en la calle, por todas partes debía esparcirse la cultura, como quien siembra a voleo. A fuerza de disertar sobre la misma cuestión, la gente inició en la cantilena y a cada momento escuchábamos o leíamos la consabida exclamación: «¡Eso es debido a la falta de cultura!» Como siempre, los mercaderes de las ideas fomentaron la rutina, y lo que había principiado con buena orientación, degeneró en uno de tantos oportunismos que ilusionan a las multitudes.

Finalmente, el programa de la escuela y la despesa, expuesto a maravilla por el gran Costa, vino a suplir la ausencia de los anteriores resortes, aunque sólo era una nueva modalidad de aquellos, puesto que de su contenido se aprovecharon otra vez los profesionales de la literatura periodística, neutralizando el positivo valor de aquel programa. Y hoy, después de tantos años, todavía se propaga la necesidad de difundir dichos principios como eficaz remedio para nuestros males. Pero es el caso que esas iniciativas no pasan más allá de las letras de molde, no cristalizan en la práctica, porque a sus defensores les falta voluntad y arrebato para llevarlas adelante. Por eso algunos de los prohombres pertenecientes a los partidos gu-

bernales han prometido apoyar y defender el mencionado programa, visto lo cómodo y ventajoso que resulta dar gusto a la galería mientras se permanece en el más completo quietismo.

Pues bien; es preciso decirlo de una vez y con franqueza. Ni los que vociferan de memoria las doctrinas de Costa harán nada para que sean fructíferas, ni los que prometen apoyarlas procurarán mejorar la precaria situación de los desheredados españoles. Falta escuelas, falta pan, y, sin embargo, la ignorancia persiste y la miseria se enseñoorea de los hogares proletarios. ¿Dónde está, pues, la obra efectiva de los partidarios y admiradores de Costa? ¿Qué han hecho los gobernantes que ofrecieron traducir su pensamiento en fecundas realidades? Ni siquiera eso, que era lo más mínimo que podían efectuar, han intentado.

¿Y todavía se quejan las lumbreras de la intelectualidad española de que entre el pueblo no hay ambiente para la cultura? ¿Y cómo puede haberlo si primero falta pan en los estómagos! En un artículo sobre el mismo tema que el escritor Marcelino Domingo publicó en *El Imparcial*, encuentro unos datos convincentes en extremo. Leed:

«¿Ambiente para las escuelas? ¿Ambiente para la cultura? El ambiente de España está en las informaciones hechas por el Instituto de Reformas Sociales; está en esas contestaciones terminantes, matemáticas, precisas, que dan para la Estadística los alcaldes y los Sindicatos agrícolas de los pueblos de España. ¿Cuál es el salario medio de los obreros? pregunta el Instituto. Y más de treinta provincias contestan que el salario medio del obrero del campo no pasa de 150 pesetas; es decir, no equivale a la tercera parte de lo que gana un obrero inglés, según ha observado don Tomás Morrieta, profesor de la Universidad de Salamanca. ¿Cuál es el precio medio de las subsistencias? inquiere el Instituto. Y por las respuestas se deduce que en España hay artículos que cuestan un 100 por 100 más que en Inglaterra, y que la mayor parte cuestan allí un 50 por 100 menos que en España. ¿Cuántos son los niños que asisten a la escuela durante el invierno?, interroga el Instituto. Y la contestación es esta: Asisten generalmente el 7 ó 8 por 100. ¿Por qué no asisten el 73 ó 72 restante?, solicita el Instituto. Porque sus padres les mandan a pedir limosna, contestan en la mayoría de los pueblos.»

¿Qué más puede añadirse a lo transcrito? Siempre se nos presenta la misma cuestión: hay incultura porque falta pan y hay miseria donde la ignorancia predomina. Necesidades intelectuales y necesidades materiales deben ser atendidas por igual; pero ocurre muchas veces que los estómagos vacíos debilitan el ansia de saber y como consecuencia decrece el nivel intelectual de los pueblos.

En este país, como en todos, las únicas ventajas intelectuales y materiales que el proletariado consigue son las que él mismo conquista luchando. Y ante la evidencia, nos dirigimos a los sinceros entusiastas de la escuela y la despesa, que sin duda los hay, para decirles: abandonad a gobernantes y servidores, ya que han demostrado su incapacidad y su desidia y acudid a las filas proletarias para apoyar a los que luchan sin engaños en demanda de participación equitativa en los frutos del saber y del esfuerzo humano. Quizá sea más penosa la lucha y más lejano el triunfo, por la escasez de medios; pero también será éste más positivo y no se expondrán como ahora a que sus esfuerzos se esterilicen con inútiles peticiones a cuantos ocupan las poltronas ministeriales.

Es más noble, más elevado y más justo.

FERNANDO FRUCTIDOR

¿.....?

¿A dónde vamos? A la revolución destructora del actual orden de cosas, todo, absolutamente todo lo que tenga atinencia con el progreso es factor revolucionario, y, por ende, va minando los cimientos del presente orden social y abriendo el surco que encarga a la humanidad hacia el futuro.

El desarrollo de la maquinaria en todas las ramas de producción, las investigaciones de la ciencia en todas las manifestaciones del pensamiento, y la opresión impuesta por los gobiernos de todos los países contra el desarrollo de las ideas modernas, constatan la bancarrota de la sociedad burguesa.

Por otro lado, vemos que hoy se habla de las ideas de libertad en todas partes; el anarquismo ya no es un fantasma que espanta a los vivientes; por el contrario, todo el mundo se va percatando de que la

anarquía es el ideal de la época que viene a regenerar a la especie humana; únicamente los topes y los interesados en perpetuar la desigualdad social sobre la tierra son los que tratan de denigrar al anarquismo; pero los que conocen la historia y aprecian la filosofía, reconocen y afirman que la anarquía es la última expresión de la ciencia social; por lo tanto, este ideal tiene que imponerse, porque la razón histórica así lo determina.

La revolución social se está gestando todos los instantes; su eco repercute como trueno entre la clase trabajadora, porque ésta es la que realmente hará la revolución. «La emancipación del proletariado ha de ser obra del mismo», afirmó hace casi medio siglo La Internacional, cuya afirmación es la que encuadra dentro de la realidad práctica de los acontecimientos históricos que nos conducirán a independizarnos de todos los intermediarios, y a libertarnos de todas las opresiones.

La mansedumbre que aun domina al proletariado y que lo reduce a la condición de paria, obedece a los atavismos que han engendrado en su seno tantos siglos de ignorancia transcurridos; pero la venda se va descorriendo; el trabajador va adquiriendo conciencia de sus derechos, va entendiendo que si la naturaleza se encargó de darle vida, debe también encargarse de su sostenimiento, y va también comprendiendo la clase obrera, que ese derecho le es arrebatado violentamente por la clase poseedora. Por lo tanto, ese despertar de los oprimidos tiene fatal e irremediablemente que producir el choque revolucionario, de cuyo estallido tiene que surgir la aurora redentora que radiante ilumine y liberte a todos los esclavos de la tierra.

Las multitudes han sido siempre movidas y llevadas a grandes empresas de progreso por pequeñas minorías revolucionarias. Así en la actualidad es menester que también las minorías capacitadas arranquen al proletariado de ese marasmo de muerte en que se halla sumido y lo conduzcan a las regiones de la vida. Concretarse a fatuas teorizaciones es castrarse. Es necesario aprovechar todas las oportunidades para hacer obra efectiva y práctica, pues, como dice Kropotkin, «un sólo día de revolución sirve de mayor enseñanza que varios años de prácticas teóricas»; por lo tanto es hora ya de menos desarrollo espiritualista y más acciones de vida revolucionaria.

El mismo sabio ruso dice que al pueblo es menester sacarlo a la calle aunque se sepa que lo van a apalear, «pues si una vez lo castigan, para la otra se preparará a la defensiva».

Esta verdad ha sido aun poco recomendada y menos observada por muchos militantes, pues yo he visto en varias ocasiones a oradores ácratas esforzarse, hasta imponerse, contra la misma voluntad de la multitud ávida de reivindicaciones e impedir la declaración de una huelga, por temor del fracaso unas veces y por miedo a responsabilidades personales otras, que de cualquier manera obedezca tal procedimiento a la una como a la otra causa, este proceder es contrario al espíritu de lucha que debe animarnos a todos los que militamos en las filas del movimiento obrero.

Agitar al proletariado en sentido revolucionario es apresurar la hora de su emancipación. Cuanto más se intensifique la agitación en las filas proletarias, más pronto lograremos destruir la sociedad burguesa.

Vigo, junio.

JOAQUÍN HUCHA

### A nuestros lectores

Terminada la huelga de tipógrafos, y por tanto, las circunstancias anormales porque hemos atravesado para la publicación de *TIERRA Y LIBERTAD*, volvemos a publicarlo en la misma forma y condiciones que antes de la huelga, dando comienzo en el próximo número a la continuación del folletín «La Epidemia», para que puedan seguir coleccionándolo los que ya lo hacían.

Terminada la publicación de «La Epidemia», comenzaremos de nuevo el drama de Ibsen «Un enemigo del pueblo».

Aunque con bastantes deficiencias, bajo el punto de vista tipográfico, hemos hecho cuanto nos ha sido posible porque el periódico pudiera salir en casa que hubiera firmado las tarifas con la Unión Obrera del Arte de Imprimir, y como aparte de los periódicos eran pocas las casas que habían firmado y éstos no estaban en condiciones de hacer *TIERRA Y LIBERTAD*, hubimos de resignarnos a los medios que teníamos a nuestro alcance.